

I

LA HISTORIA, CIENCIA Y FICCIÓN

"Ficciones"

Ficción es una palabra peligrosa, igual que su correlativa, ciencia. Por haber tratado, en otra parte,¹ de definir su estatuto, precisaré aquí solamente, a manera de nota preliminar, cuatro funcionamientos posibles de la ficción en el discurso historiador.

1. *Ficción e historia*. La historiografía occidental lucha contra la ficción. La guerra intestina entre la historia y las historias se remonta a muy atrás. Ésta es una querrela familiar que, inmediatamente, establece las posiciones. Pero por su lucha contra la fabulación genealógica, contra los mitos y las leyendas de la memoria colectiva o contra las derivas de la circulación oral, la historiografía crea una distancia con relación al decir y al creer comunes, y se aloja precisamente en esta diferencia que la acredita como sabia al distinguirla del discurso ordinario.

No que ella diga la verdad. Ningún historiador tuvo tal pretensión. Más bien, con el aparato de la crítica de documentos, el erudito saca trozos de error a las "fábulas". El terreno que él conquista sobre ellas, lo adquiere al diagnosticar lo falso. Él cava en el lenguaje recibido el lugar que da a su disciplina, como si instalado en medio de las narrativas estratificadas y combinadas de una sociedad (todo lo que ella se cuenta o se contó), se dedicara a perseguir lo falso más que a construir la verdad, o como si sólo pudiera producir la verdad reconociendo algo de

¹ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, 3ª ed., Paris, Gallimard, 1984, pp. 312-358 ("La fiction de l'histoire").

Dentro del texto hemos puesto en español los títulos de obras originales en otros idiomas pero que ya se han publicado en versión española; sin embargo, en notas dejamos las referencias tal como las empleó el autor, si bien entre corchetes damos las fichas bibliográficas de las ediciones en español, según tenemos conocimiento. Las traducciones a los títulos de Michel de Certeau se indicaron en la n. 2 de "Un camino sin trazar". (N. del E.).

error. Su trabajo sería el de la negación, o, para tomar de Popper un término más apropiado, un trabajo de la "falsabilidad". Desde este punto de vista, la ficción es, dentro de una cultura, lo que la historiografía instituye como erróneo, y de este modo se labra un territorio propio.

2. *Ficción y realidad*. En el nivel de los procedimientos de análisis (examen y comparación de los documentos) así como en el nivel de las interpretaciones (productos de la operación), el discurso técnico capaz de determinar los errores que caracterizan a la ficción se autoriza por este mismo mecanismo a hablar en nombre de lo real. Estableciendo, según sus propios criterios, el acto que define los dos discursos —uno científico y otro de ficción—, la historiografía se acredita con una posible relación con lo real porque su contrario está situado bajo el signo de lo falso.

Esta determinación recíproca se vuelve a encontrar en otro lugar, aunque con otros medios y otras intenciones. Implica un doble desfase que consiste, por una parte, en volver plausible lo verdadero demostrando un error, y, al mismo tiempo, en hacer creer lo real denunciando lo falso. Supone por lo tanto que lo que no es falso debe ser real. Así, antiguamente, argumentando en contra de los "falsos" dioses se hacía creer en la existencia de uno verdadero. El procedimiento se repite aún en la historiografía contemporánea. El mecanismo es simple: al probar los errores, el discurso hace pasar por real lo que se les opone. Aunque lógicamente ilegítimo, el procedimiento hacia lo irreal, mientras que al discurso técnicamente armado para designar el error se le atribuye el privilegio suplementario de representar lo real. Los debates entre "literatura" e historia permitirían fácilmente ilustrar esta división.

3. *Ficción y ciencia*. Por un retorno bastante lógico, la ficción se vuelve a encontrar de nuevo en el campo de la ciencia. Al discurso (que hacen los metafísicos y los teólogos) que descifra el orden de los seres y los caprichos de su creador, una lenta revolución instauradora de modernidad lo sustituyeron por medio de las escrituras capaces de instaurar coherencias a partir de las cuales se producía un orden, un progreso, una historia. Aisladas de su función epifánica de representar las cosas, estas lenguas formales dan lugar, en sus aplicaciones, a unos escenarios en los que la pertinencia no está más en lo que expresan, sino en lo que hacen posible. Es una nueva especie de ficción. Artefacto científico, no se juzga por lo real que se supone le falta, sino por lo que permite hacer y transformar. Es "ficción" no lo que fotografía el alunizaje, sino lo que lo planea y organiza.

La historiografía también utiliza las ficciones de este tipo cuando construye los sistemas de correlaciones entre unidades definidas

como distintas y estables; cuando, en el espacio del pasado, hace funcionar hipótesis y reglas científicas actuales y, de esta manera, produce modelos diferentes de sociedad; o cuando, más explícitamente, como en el caso de la econometría histórica, analiza las consecuencias de hipótesis contrafactuales (por ejemplo: ¿qué habría sucedido a la esclavitud, en los Estados Unidos, si la guerra de Secesión no hubiera tenido lugar?).² Sin embargo, el historiador no es menos suspicaz al referirse a esta ficción que llegó a ser ciencia. La acusa de "destruir" la historiografía: los debates sobre la econometría lo han mostrado muy bien. Esta resistencia puede aún hacer un llamado al aparato que, apoyándose sobre los "hechos", demuestra los errores. Pero, más aún, se funda en la relación que el discurso historiador ha supuesto mantener con lo real. En la ficción, precisamente, el historiador combate una falta de referencialidad, una lesión del discurso "realista", una ruptura del matrimonio que supone entre las palabras y las cosas.

4. *La ficción y lo "propio"*. Finalmente la ficción es acusada de no ser un discurso unívoco, dicho de otra manera, de carecer de "limpieza" científica. En efecto, ella funciona sobre una estratificación de sentidos, cuenta una cosa para decir otra, se escribe en un lenguaje del cual hace salir, indefinidamente, efectos de sentido que no pueden ser circunscritos ni controlados. A diferencia de lo que pasa en un lenguaje artificial, en principio unívoco, ella no tiene un lugar propio. Es "metafórica". Se mueve, inaprehensible, en el campo de lo otro. El saber no encuentra ahí un lugar seguro, y su esfuerzo consiste en analizarla con la finalidad de reducirla o traducirla en elementos estables y combinables. Desde este punto de vista, la ficción transgrede una regla de científicidad. Es la bruja a la que el saber dedica todos sus esfuerzos para fijarla y clasificarla, exorcizándola en sus laboratorios. No está más marcada aquí por el signo de lo falso, de lo irreal o del artefacto. Designa una deriva semántica. Es la sirena de la cual el historiador debe defenderse, como un Ulises atado a su mástil.

En realidad, a pesar de lo equívoco de sus estatutos sucesivos o simultáneos, la ficción, bajo sus modalidades míticas, literarias, científicas o metafóricas, es un discurso que "informa" lo real, pero no pretende representarlo ni acreditarse en él. Por eso, ella se opone fundamentalmente a una historiografía que se funda siempre en la ambición de decir lo real —y por lo tanto en la imposibilidad de hacer su duelo de lo real—. Esta ambición se asemeja a la presencia y la fuerza de un origen. Viene de muy lejos, como una escena primitiva cuya opaca permanencia aún determinaría a la disciplina. En todo caso,

² Ralph Andreano (ed.), *La nouvelle histoire économique*, tr., Paris, Gallimard, 1977, pp. 258 ss.

sigue siendo esencial. Por lo tanto, éste será el centro oscuro de algunas consideraciones que yo quisiera introducir sobre el juego de la ciencia y de la ficción, abordando solamente tres cuestiones: 1. lo "real" producido por la historiografía es también lo legendario de la institución historiadora; 2. el aparato científico, por ejemplo la informática, tiene también aspectos de ficción en el trabajo de historiar; 3. al enfocar la relación del discurso con lo que lo produce, es decir, primero con una institución profesional y después con una metodología científica, podemos considerar a la historiografía como una mezcla de ciencia y de ficción, o como un lugar en donde se reintroduce el tiempo.

Lo legendario de la institución

De una manera general, todo relato que cuenta "lo que pasa" (o lo que pasó) instituye lo real, en la medida en la cual se da como la representación de una realidad (pasada). El relato extrae su autoridad de hacerse pasar por el testigo de lo que es, o de lo que fue. Él seduce, y se impone, a nombre de los acontecimientos de los que se pretende el intérprete, por ejemplo las últimas horas de Nixon en la Casa Blanca o la economía capitalista de las haciendas mexicanas. En efecto, toda autoridad se funda sobre lo real que ella ha supuesto declarar. Es siempre en nombre de una realidad como se "hace marchar" a los creyentes y se les produce. La historiografía adquiere este poder en tanto que presenta e interpreta "hechos". ¿Qué es lo que el lector podría oponer al discurso que le dice lo que es (o lo que fue)? Le es necesario consentir a la ley que se enuncia en términos de acontecimientos.

Sin embargo lo "real" representado no corresponde con lo real que determina su producción. Oculta, detrás de la figuración de un pasado, el presente que lo organiza. Expresado sin miramientos, el problema es el siguiente: la puesta en escena de una realidad (pasada) construida, es decir el discurso historiográfico mismo, oculta el aparato social y técnico que lo produce, es decir la institución profesional. La operación en cuestión parece bastante astuta: el discurso se vuelve creíble en nombre de la realidad que ha supuesto representar, pero esta apariencia autorizada sirve precisamente para camuflar la práctica que lo determina realmente. La representación disfraza la praxis que lo organiza.

1. El discurso y/de la institución. La historiografía culta no escapa a las coacciones de las estructuras socioeconómicas que determi-

¹ En español en el original (N. del T.).

² La palabra francesa es *effectivité* que traduce la distinción alemana entre realidad en sí: *réalité* (*die Realität*) y realidad construida: *effectivité* (*die Wirklichkeit*). (N. del T.).

nan las representaciones de una sociedad. Ciertamente, un medio especializado, al aislarse, ha tratado de sustraer la producción de esta historiografía a la politización y a la comercialización de los relatos que nos cuentan nuestra actualidad. Esta retirada, que tiene tanto forma de funcionario (un cuerpo de Estado), como de corporación (una profesión), permitió la circunscripción de objetos más antiguos (un pasado), la separación de un material muy escaso (unos archivos) y la definición de operaciones controlables por la profesión (unas técnicas). Mas todo acontece como si los procedimientos generales de la fabricación de nuestras "historias" comunes o de nuestras leyendas cotidianas no estuvieran eliminadas de estos laboratorios, sino más bien examinadas, criticadas y verificadas por los historiadores en sus terrenos de experimentación. Antes de analizar la técnica propia de las investigaciones cultas, es necesario por lo tanto reconocer lo que ellas tienen *en común* con la producción general de nuestras historias realizadas por los medios de comunicación masiva. Y es la misma institución historiadora la que, sosteniendo estas investigaciones, las reúne a las prácticas comunes de las que pretende distinguirse.

La erudición sólo es ocasionalmente una obra individual. Es una empresa colectiva. Para Popper, la comunidad científica corregía los efectos de la subjetividad de los investigadores. Pero esta comunidad es también una fábrica, distribuida en cadenas, sometida a las exigencias presupuestales, atada en consecuencia a las políticas y a las limitaciones crecientes de un instrumental sofisticado (infraestructuras archivísticas, computadoras, modalidades de edición, etcétera); determinada por un reclutamiento social bastante restringido y homogéneo; orientada por esquemas o postulados socioculturales que imponen este reclutamiento, el estado de las investigaciones, los intereses del patrón, las corrientes de moda, etcétera. Además, está interiormente organizada por la división del trabajo: tiene sus patrones, su aristocracia, sus "jefes de investigación" (frecuentemente proletarios de las investigaciones patronales), sus técnicos, sus trabajadores a destajo mal pagados, sus repartidores. Y dejo de lado los aspectos psicossociológicos de esta empresa; por ejemplo, la "retórica de la respetabilidad universitaria" que Jeanine Czubaroff ha analizado.³

Ahora bien, los libros, productos de esta fábrica, no dicen nada de su fabricación, o casi nada. Ocultan su relación con este aparato jerarquizado y socioeconómico. ¿Es que la tesis, por ejemplo, explicita su relación con el patrón del cual depende su promoción, o con los imperativos financieros que el patrón debe obedecer, o con las presio-

³ Jeanine Czubaroff, "Intellectual Respectability: a Rhetorical Problem", en *Quarterly Journal of Speech*, tomo LIX, 1973, pp. 155-164.

nes que ejerce el medio profesional sobre los temas elegidos y los métodos empleados? Inútil insistir. Pero es necesario insistir sobre el hecho de que estas determinaciones no conciernen ni a imperativos propiamente científicos ni a ideologías individuales, sino al peso de una realidad histórica actual sobre unos discursos que no hablan casi nada de ella pretendiendo representar lo real.

Ciertamente, esta representación historiadora tiene su función, necesaria, en una sociedad o grupo. Repara cesantemente los desgarrones entre pasado y presente. Asegura un "sentido" que supera las violencias y las divisiones del tiempo. Crea un teatro de referencias y de valores comunes que garantizan al grupo una unidad y una comunicabilidad simbólica. En suma, como decía Michelet, es el trabajo de los vivos para "calmar a los muertos" y reunir todas las clases de rupturas en una ilusoria presencia que es la representación misma. Es un discurso de la conjunción, que lucha contra las disyunciones producidas por la competencia, el trabajo, el tiempo y la muerte. Pero esta tarea social necesita precisamente ocultar lo que particulariza a la representación. Evita el retorno de la división presente sobre la escena simbolizante. El texto sustituye por lo tanto la elucidación de la operación institucional que lo fabrica por la representación de un pasado. Da una apariencia de realidad (pasada) en lugar de la praxis (presente) que lo produce: uno es puesto en el lugar del otro.

2. *Del producto culto a los medios de comunicación masiva: la historiografía general.* Desde este ángulo, el discurso culto no se distingue más de la narrativa prolija y fundamental que es nuestra historiografía cotidiana. Participa en el sistema que organiza la comunicación social en "historias" y hace habitable el presente. El libro o artículo profesional, por un lado, y, del otro, las noticias impresas o televisadas sólo se diferencian en el interior del mismo campo historiográfico, constituido por incontables relatos que cuentan e interpretan los acontecimientos. El historiador "especializado" lucha ferozmente, como es obvio, por rechazar esta solidaridad que lo compromete. Vana negación. La parte culta de esta historiografía conforma solamente una especie particular del género, que no es más "técnica" que las especies vecinas, sino que exclusivamente se hace con técnicas distintas. También ésta depende de un género que prolifera: los relatos que explican lo-que-sucede.

Sin detenerse, de la mañana a la noche, la historia permanentemente se cuenta. Privilegia lo anormal (el acontecimiento es primeramente un accidente, una desgracia, una crisis), porque se torna urgente volver a coser de inmediato estos desgarrones con un lenguaje de sentido. Pero recíprocamente, las desgracias son generadoras de relatos, autorizan su inagotable producción. Todavía hace poco tiempo lo "real" tenía la figura de un Secreto divino que autorizaba la interminable

narratividad de su revelación. Hoy lo "real" continúa posibilitando indefinidamente el relato, pero tiene la forma de acontecimiento, lejano o extraño, que sirve de postulado necesario a la producción de nuestros discursos de revelaciones. Este dios fragmentado no cesa de hacer hablar. Cacarea. En todas partes las noticias, las informaciones, las estadísticas, los sondeos, los documentos, compensan a través de la conjunción narrativa la creciente disyunción creada por la división del trabajo, por la atomización social y por la especialización profesional. Estos discursos transmiten a todos los atomizados un referente común. Instituyen en el nombre de "lo real", el lenguaje simbolizador que hace creer en la comunicación y que forma la telaraña de "nuestra" historia.

De esta historiografía general, yo destacaré solamente tres aspectos propios de la totalidad del género, aunque sean más visibles en la especie de los "medios de comunicación masiva" y mejor controlados (o modalizados de manera diferente) en la especie "científica".

a) La representación de las realidades históricas es el recurso para camuflar las condiciones reales de su producción. El "documental" no muestra que es, antes que nada, el resultado de una institución socioeconómica selectiva y de un aparato técnico codificador, el periódico o la televisión. Todo sucede como si, a través de Dan Rather, Afganistán se mostrara. En realidad, nos es contado en un relato que es el producto de un medio, de un poder, de contratos entre la empresa y sus clientes, de la lógica de una técnica. La claridad de la información oculta las leyes del complejo trabajo que la construye. Es una ilusión óptica que, a diferencia de la ilusión de teatro ni el código de su fabricación. La "elucidación" profesional del pasado hace lo mismo.

b) El relato que habla a nombre de lo real es un mandato. Significa cómo se da una orden. A este respecto, la actualidad (esto real cotidiano) desempeña la misma función que antiguamente la divinidad: los sacerdotes, los testigos o los ministros de la actualidad la hacen hablar para ordenar en su nombre. Es cierto, "hacer hablar" lo real, no es más revelar los secretos de la voluntad de un Creador. En adelante, las cifras y los datos ocupan el lugar de esos secretos "revelados". Sin embargo la estructura permanece igual: consiste en dictar interminablemente, a nombre de lo "real", lo que hay que decir, lo que hay que creer y lo que hay que hacer. Y ¿qué oponer a los hechos? La ley que se narra en los datos y en las cifras (es decir en términos fabricados por técnicos pero presentados como la manifestación de la autoridad última, lo Real) constituye nuestra ortodoxia, un inmenso discurso del orden. Se sabe que es lo mismo para la literatura historiográfica. Muchos análisis lo muestran actualmente: ella siempre ha sido un discurso pedagógico y normativo, nacionalista o militante. Pero al

enunciar lo que hay que pensar y lo que hay que hacer, este discurso dogmático no tiene necesidad de justificarse, ya que habla a nombre de lo real.

c) Además, este relato es eficaz. Pretendiendo contar lo real, lo fabrica. Es performativo. Vuelve creíble lo que dice, y hace actuar en consecuencia. Produciendo creyentes, produce practicantes. La información declara: "¡El anarquismo está en tus calles, el crimen está en tu puerta!" El público en seguida se arma y se protege. La información añade: "Los criminales son los extranjeros, se tienen indicios". El público busca culpables, denuncia a las gentes y va a votar porque las maten y las exilien. La narración historiadora devalúa o privilegia las prácticas, exagera conflictos, inflama nacionalismos o racismos, organiza o desencadena comportamientos. Hace lo que dice. Jean-Pierre Faye lo analizó en sus *Lenguajes totalitarios*⁴ a propósito del nazismo. Nosotros conocemos bien otros casos de estos relatos fabricados en serie y que hacen la historia. Las voces encantadoras de la narración transforman, desplazan y regulan el espacio social. Ejercen un poder inmenso, pero un poder que escapa al control ya que se presenta como la verdadera representación de lo que sucede o de lo que sucedió. La historia profesional, por los temas que selecciona, por las problemáticas que privilegia, por los documentos y los modelos que utiliza, opera de una manera análoga. Bajo el nombre de la ciencia, también arma y moviliza clientelas. Por ello, frecuentemente más lúcidos que los mismos historiadores, los poderes políticos o económicos están siempre esforzándose por tenerla de su lado, por halagarla, por pagarla, por orientarla, por controlarla o por domesticarla.

Cientificidad e historia: la informática

Para combinar una representación de lo real y un poder, el discurso se pega a la institución que le procura a la vez una legitimidad con respecto al público y una dependencia con relación al juego de las fuerzas sociales. La empresa garantiza el papel o la imagen como discursos de lo real para los lectores o espectadores, al mismo tiempo que, por su funcionamiento interno, articula la producción sobre el conjunto de las prácticas sociales. Pero hay un intercambio de lugares entre estos dos aspectos. Las representaciones sólo son autorizadas a hablar en nombre de lo real en la medida en que hacen olvidar las condiciones de su fabricación. Ahora bien, la institución es, nuevamente, la que realiza la

⁴ Jean-Pierre Faye, *Les langages totalitaires*, Paris, Hermann, 1973 [*Los lenguajes totalitarios*, tr. de Miguel Ángel Abad, Madrid, Taurus, 1974].

aleación de estos contrarios. De estas luchas, reglas y procedimientos sociales comunes, impone las coerciones a la actividad productora y autoriza que sean ocultadas por medio del discurso producido. Aseguradas por el medio profesional, estas prácticas pueden a partir de ese momento ser ocultadas por la representación. ¿Pero la situación es tan paradójica? El elemento excluido del discurso es justamente el que lleva a cabo la cohesión práctica del grupo (culto).

Esta práctica no es, evidentemente, reductible a lo que la hace ser clasificada en el género de la historiografía general. En tanto que "científica", tiene rasgos específicos. De esos rasgos tomaré como ejemplo el funcionamiento de la informática en el campo del trabajo historiográfico especializado, o profesional. Con la informática, se abrió la posibilidad de lo cuantitativo, el estudio serial de las relaciones variables entre unidades estables, sobre una larga duración. Para el historiador esto es la Isla de la Fortuna. Por fin va a poder arrancar a la historiografía de sus relaciones comprometedoras con la retórica, con todas las aplicaciones metonímicas o metafóricas del detalle supuestamente significativo de un conjunto, con todas las astucias oratorias de la persuasión. Va a poder liberarla de su dependencia, con respecto de la cultura en que vive, cuyos prejuicios delimitan de antemano los postulados, las unidades y las interpretaciones. Gracias a la informática se vuelve capaz de dominar el número, de construir regularidades y determinar periodicidades según las curvas de correlaciones -tres puntos neurálgicos en la estrategia de su trabajo-. En consecuencia, una embriaguez estadística se apoderó de la historiografía. Los libros se llenan de cifras, validando una objetividad.

¡Ay!, se ha necesitado desencantar estas esperanzas, incluso sin llegar a hablar, como Jack Douglas o Herbert Simons lo hicieron últimamente, de "retórica de las cifras".⁵ La ambición de matematizar la historiografía tiene por contrapartida una historización de esta matemática particular que es la estadística. En este análisis matematizante de la sociedad, por lo tanto, es necesario subrayar: 1. aquello que concierne a sus condiciones de posibilidad históricas; 2. las reducciones técnicas que impone, y en consecuencia la relación entre lo que ella trata y lo que deja fuera; 3. finalmente, su funcionamiento efectivo en el campo historiográfico, es decir el modo de su recuperación o de su asimilación por la disciplina que ella pretende transformar. Esto será otra manera de asistir a los regresos de la ficción en una práctica científica.

⁵ Jack D. Douglas, "The Rhetoric of Science and the Origins of Statistical Social Thought", en Edward A. Tiryakian (ed.), *The Phenomenon of Sociology*, New York, Appleton-Century-Crofts, 1969, pp. 44-57; Herbert W. Simons, "Are Scientists Rhetors in Disguise? An Analysis of Discursive Processes within Scientific Communities", en Eugene E. White (ed.), *Rhetoric in Transition*, Pennsylvania State University Press, pp. 115-130.

1. Aparentemente, no hay nada más extraño a las vicisitudes de la historia que esta cientificidad matematizante. En su práctica teorizante, la matemática se define por la capacidad que tiene su discurso de determinar las reglas de su producción, de ser "consistente" (es decir sin contradicción entre sus enunciados), "exacta" (es decir sin equívocos) y obligatoria (prohíbe por su forma todo rechazo de su contenido). Por ello, su escritura dispone de una autonomía que hace de "la elegancia" el principio interno de su desarrollo. De hecho, su aplicación al análisis de la sociedad depende de circunstancias de tiempo y de lugar. Aun cuando, en el siglo XVII, John Craig, con sus "rules of historical evidence", ya pretende calcular las probabilidades del testimonio en su *Theologiae... mathematica*,⁶ es en el siglo XVIII cuando Condorcet funda una "matemática social" y emprende un cálculo de las "probabilidades" que rigen, piensa él, los "motivos de creer" y, por lo tanto, las elecciones practicadas por los individuos reunidos en sociedad.⁷ Solamente hasta entonces toma forma la idea de una sociedad matematizable, principio y postulado de todos los análisis que, desde entonces, tratan matemáticamente la realidad social.

Esta "idea" no era evidente, aunque el proyecto de una sociedad regida por la razón se remonte a *La república* de Platón. Para que la "lengua de los cálculos", como decía Condillac, determinara el discurso de una ciencia social, primero se necesitó que una sociedad se concibiese como una totalidad compuesta de unidades individuales y que fueran combinables sus voluntades: este "individualismo" nació con la modernidad,⁸ es el presupuesto de un tratamiento matemático de las relaciones posibles entre estas unidades, de la misma manera como, en la misma época, es el presupuesto de la concepción de una sociedad democrática. Además, tres condiciones circunstanciales relacionan esta idea con una coyuntura histórica: un progreso técnico de las matemáticas (el cálculo de las probabilidades, etcétera), indisociable por otra parte de la aproximación cuantitativa a la naturaleza y de la deducción de las leyes universales, características de la cientificidad del siglo

⁶ John Craig, *Theologiae christianae principia mathematica*, Londres, 1699. Cf. el texto latino y una traducción de las "rules of historical evidence", en *History and Theory*, Beiheft, núm. 4, 1964.

⁷ Condorcet, *Mathématique et société*, Paris, Hermann, 1974. La cuestión tratada por Condorcet en 1785 ya había sido abordada por Jean-Charles de Borda (*Mémoire sur les élections au scrutin*, 1781). Reimpreso por Kenneth J. Arrow (*Social Choice and Individual Values*, New York, 1963), recibió un tratamiento que a su autor le valió un premio Nobel.

⁸ C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism*, Oxford, Clarendon Press, 1962 [*La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, tr. de J. R. Capella, Barcelona, Fontanella, 1970]; Alan Macfarlane, *The Origins of English Individualism*, Cambridge University Press, 1978.

XVIII,⁹ la organización sociopolítica de una administración que uniforma el territorio, centraliza la información y proporciona el modelo de una gestión general de los ciudadanos; y finalmente la constitución de una elite burguesa ideológicamente persuadida de que su propio poder y la riqueza de la nación estarían aseguradas por una racionalización de la sociedad.

Esta triple determinación histórica, una técnica, otra sociopolítica, y la tercera ideológica y social, fue —y permanece como— la condición de posibilidad de las operaciones estadísticas. Aún hoy, un progreso científico, un aparato estatal o internacional y un medio tecnocrático sostienen la empresa informática.¹⁰ Dicho de otro modo, la matematización de la sociedad no escapa a la historia. Al contrario, depende de descubrimientos científicos, de estructuras institucionales y de formaciones sociales cuyas implicaciones históricas se desarrollan a través de todo el campo de una metodología ahistórica.

2. Además, el rigor matemático se paga con una estricta restricción del dominio en donde puede ejercerse. Ya Condorcet procedía a una triple reducción. En su "matemática social", suponía a) que se actúa según lo que se cree, b) que la creencia puede reducirse a los "motivos de creer", y c) que estos "motivos" se reducen a las probabilidades. Es necesario delimitar correctamente en lo real un objeto matematizable. Él deja, en consecuencia, fuera de sus cálculos un desecho enorme, toda la complejidad social y psicológica de las decisiones. Su "ciencia de las estrategias" combina simulacros. ¿Qué calcula finalmente ese Genio matemático de la sociedad que pretende analizar? La rigurosa novedad del método tiene por costo la transformación de su objeto en ficción. Por otro lado, desde fines del siglo XVIII, como lo mostró Peter Hanns Reill a propósito del inicio del historicismo alemán,¹¹ el modelo matemático es rechazado en beneficio de un evolucionismo (que va de la mano con la historización de la lingüística),¹² antes de que el estructuralismo macroeconómico del siglo XX restaurara otra vez este modelo en historia.

Actualmente, sólo es posible utilizar la estadística en historia llevando a cabo restricciones drásticas en el objeto de estudio, aunque la estadística sea una forma elemental de las matemáticas. Así, en el comienzo mismo de la operación sólo se puede retener del material lo

⁹ Morris Kline, *Mathematics in Western Culture*, Oxford University Press, 1972, pp. 190-286.

¹⁰ Ver por ejemplo "IBM ou l'émergence d'une nouvelle dictature", en *Les Temps modernes*, núm. 351, octubre 1975.

¹¹ Peter Hanns Reill, *The German Enlightenment and the Rise of Historicism*, Berkeley, University of California Press, 1975, p. 231, etc.

¹² Michel de Certeau et al., *Une politique de la langue*, Paris, Gallimard, 1975, cap. 4: "Théorie et fiction (1760-1780): De Brosses et Court de Gébelin".

que es susceptible de ser constituido en series (lo que favorecerá una historia urbanística o una historia electoral, en detrimento de otras historias, dejadas sin cultivar o abandonadas a un artesanado de *amateurs*). También se deben definir las unidades tratadas de manera que el signo (objeto cifrado) no sea jamás identificado con las cosas o con las palabras, cuyas variaciones históricas o semánticas comprometerían la estabilidad del signo y, por lo tanto, la validez del cálculo. A las restricciones exigidas por el "lavado" de los datos, se añaden las que imponen los límites de los instrumentos teóricos. Por ejemplo, se necesitaría una "lógica vaga" capaz de tratar las categorías del género "un poco", "bastante", "quizás", etcétera, que son características del campo histórico. A pesar de las investigaciones recientes que, partiendo de las nociones de "proximidad" o de "distancia" entre objetos, introducen los conjuntos "vagos" en el análisis,¹³ los algoritmos informáticos se reducen a tres o cuatro fórmulas.

Nosotros tenemos la experiencia de las eliminaciones que se necesitaron efectuar en el material porque no era tratable según las reglas impuestas. Yo podría contar los avatares de investigaciones históricas, por ejemplo sobre los Estados generales de 1614 o sobre *los Cahiers de doléances* de 1789, objetos finalmente rechazados fuera del campo cultivado por la informática. Desde el nivel elemental de la delimitación de las unidades, y por muy buenas razones, la operación matemática excluye regiones enteras de la historicidad. Ella crea inmensos desechos, rechazados por la computadora y amontonados a su alrededor.

3. Estas coacciones, en la medida en que son respetadas en la práctica efectiva del historiador, producen una corrección técnica y metodológica del resultado. Generan efectos de cientificidad. Para caracterizar estos efectos se podría decir, de una manera general, que ahí donde se introduce el cálculo multiplica las hipótesis y permite falsear algunas de ellas. Por un lado, las combinaciones entre los elementos que se aislaron sugieren relaciones hasta ese momento insospechadas. Por otro lado, el cálculo basado en grandes cifras prohíbe interpretaciones fundadas sobre casos particulares o sobre lugares comunes. Hay, por lo tanto, crecimiento de los posibles y determinación de los imposibles. El cálculo no prueba nada. Hace crecer el número de las relaciones formales legítimas entre elementos definidos abstractamente, y señala las hipótesis rechazables por mal formuladas, o por no manejables, o por ser contrarias a los resultados del análisis.¹⁴

¹³ Ver por ejemplo Charles Corge, *Informatique et démarche de l'esprit*, Paris, Larousse, 1975.

¹⁴ Charles Tilly, "Computers in Historical Analysis", en *Computers and the Humanities*, tomo VII, núm. 6, 1973, pp. 323-335.

Pero, de esta manera, el cálculo no se ocupa, esencialmente, más de lo "real". Es una gestión de unidades formales. La historia real es, de hecho, echada de sus laboratorios a la calle. Por esto, la reacción de los historiadores hacia la matematización es muy ambigua. Simultáneamente, la quieren y no la quieren. A la vez seducidos y rebeldes. Yo no hablo aquí de una compatibilidad teórica, sino de una situación de hecho. Ella debe tener algún sentido. Al examinarla, tal como se presenta, se pueden señalar al menos tres aspectos del funcionamiento efectivo de la informática en la historiografía.

a) Al distinguir, como se debe, la informática (donde la estadística desempeña una débil función), el cálculo de probabilidades, la estadística en cuanto tal (y la estadística aplicada), el análisis de los datos, etcétera, se puede decir que, generalmente, los historiadores se han concentrado en este último sector: el tratamiento cuantitativo de los datos. Es esencialmente para constituir nuevos archivos que se utiliza la computadora. Estos archivos, públicos o privados, duplican y progresivamente reemplazan archivos antiguos. Existen importantes bancos de datos, como el Inter University Consortium for Political and Social Research (ICPSR) de la Universidad de Michigan (Ann Arbor), gracias al sistema Fox, o los bancos archivísticos creados en Francia, en los archivos nacionales, por Remi Matthieu e Ivan Cloulas en relación con la administración comunal del siglo XIX o con el *Minutier central* de los notarios parisinos.

Este desarrollo considerable de la computadora no está menos circunscrito, que el uso que hacen los historiadores de ella, en la archivística, disciplina tradicionalmente considerada como "auxiliar" y siempre distinguida del trabajo de interpretación que el historiador se reservaba como lo propio de su campo. Aun cuando al transformar la documentación transforma también las posibilidades de la interpretación,¹⁵ la computadora sigue estando alojada en un compartimento particular de la empresa historiográfica, en el interior del marco preestablecido que protegía la autonomía de la hermenéutica. Solamente se le asigna un lugar de "auxiliar", aún determinado por el viejo modelo que distinguía entre la recopilación de datos y la elucidación del sentido, y que jerarquizaba las técnicas. En principio, esta combinación permite al historiador utilizar el cálculo sin tener que plegarse a sus reglas. Ello explica, sin ninguna duda, que haya, en el nivel de las formas de trabajo intelectual, como lo constataba Charles Tilly,¹⁶ tan pocas confrontaciones

¹⁵ François Furet, "Le quantitative en histoire", en Jacques Le Goff y Pierre Nora (ed.), *Faire de l'histoire*, Paris, Gallimard, 1974, I, pp. 42-61 [*Hacer la historia* (vol. 1), tr. de Jem Cobanes, Barcelona, Laia, 1978].

¹⁶ Charles Tilly, *op. cit.*, pp. 333-334.

epistemológicas entre la operación matemática y la operación interpretativa, y que, a pesar de las tensiones, de las porosidades y de los desplazamientos recíprocos, se mantenga, de esta manera, una especie de bilingüismo epistemológico.

b) Utilizada por los historiadores como una proveedora de datos más seguros y más extensos en lugar de ser aprovechada en función de las operaciones formales que posibilita, la computadora aparece en sus trabajos bajo su figura actual de poder tecnocrático. Se introduce en la historiografía a título de una realidad socioeconómica más bien que a título de un conjunto de reglas y de hipótesis propias de un campo científico. Por otro lado, ésta es una reacción de historiador y no de matemático. La computadora se inscribe en el discurso del primero como un dato -contemporáneo- masivo y determinante. La institución historiadora se refiere al poder que modifica transversalmente todas las regiones de la vida socioeconómica.

Por esto cada libro de historia debe incluir una base estadística mínima que a la vez garantiza la seriedad del estudio y rinde homenaje al poder reorganizador de nuestro aparato productor. Los dos gestos, uno de adaptación a un método técnico contemporáneo y otro de dedicatoria a la autoridad reinante, no son separables. Es el mismo gesto. Desde este punto de vista, el tributo que la erudición contemporánea paga a la computadora sería el equivalente de la "Dedicatoria al príncipe" en los libros del siglo XVII: un reconocimiento de deuda con respecto al poder que sobredetermina la racionalidad de una época. Hoy la institución informática, como ayer la institución principesca y genealógica, aparece en el texto bajo la figura de una fuerza que tiene razón y se impone al discurso de la representación.

En relación con esos dos poderes sucesivos, el historiador está, por lo demás, al mismo tiempo en posición de proximidad y de extrañeza. Está "cerca" de la computadora como hace poco estaba "cerca" del rey. Analiza y mimetiza operaciones que sólo ejecuta a distancia. Las utiliza pero no es ellas. En suma, escribe la historia pero no hace la historia. La representa.

c) En cambio, la dedicatoria a esta científicidad acredita su texto. Desempeña el papel de cita de autoridad. De entre todas las autoridades a las cuales el discurso histórico se remite, ella es la que le otorga la mayor legitimidad. En efecto, el que acredita es, en última instancia, siempre el poder, pues funciona como una garantía de lo real, en la forma en que el capital-oro valida los papeles y billetes de banco. Esta razón, que lleva al discurso de la representación hacia el poder, es más fundamental que las motivaciones psicológicas y políticas. Ahora bien, el poder tiene hoy la forma tecnócrata de la informática. Citarlo es, por lo tanto, a causa de esa "autoridad", dar credibilidad a la representa-

ción. Por el tributo que paga a la informática, la historiografía hace creer que ella no es ficción. Sus planteamientos científicos aún expresan algo que no lo es: el homenaje rendido a la computadora sostiene la antigua ambición de hacer pasar el discurso histórico por un discurso de lo real.

A esta problemática del "hacer creer" por la acción de citar al poder se añade, como su corolario, una problemática del "creer" que está ligada a la acción de citar al otro. Las dos están ligadas, al ser el poder lo otro del discurso. Tomaré como ejemplo la relación que una disciplina particular mantiene con otra. De la experiencia que tengo de las colaboraciones entre historiadores y especialistas en informática, una ilusión recíproca, en ambos lados, hace suponer que la otra disciplina le garantizará a ella lo que le falta -una referencia a lo real-. A la informática, los historiadores le demandan ser acreditados por un poder científico capaz de proveer de lo "serio" a su discurso. A la historiografía, los especialistas en informática, inquietos por su misma capacidad de manipular unidades formales, demandan un lastre para sus cálculos que sea dado por lo "concreto" y por las particularidades de la erudición. Sobre el límite de cada territorio, se hace representar al campo vecino el papel de compensar las dos condiciones de toda investigación científica moderna: por una parte su limitación (que es la renuncia a la totalización), y por otra parte su naturaleza de lenguaje artificial (que es la renuncia a ser un discurso de lo real), o de representación.

Una ciencia, para constituirse, debe hacer su duelo de la totalidad y de la realidad. Pero lo que le es necesario excluir o perder para formarse regresa bajo la figura de lo otro, de lo que se continúa esperando una garantía contra la carencia que está en el origen de nuestros saberes. Un "creer al otro" es el modo en el cual se presenta el fantasma de una ciencia totalizante y ontológica. La reintroducción más o menos marginal de este modelo de ciencia traduce el rechazo del duelo que marcó la ruptura entre el discurso (la escritura) y lo "real" (la presencia). No es sorprendente que la historiografía, de todas las disciplinas sin duda la más antigua y la más obsesionada por el pasado, sea un campo privilegiado para el retorno del fantasma. El uso de la computadora, en particular, es indisociable de lo que permite a los historiadores hacer creer, y de lo que supone de creencia en ellos. Este exceso (esta superstición) de pasado influye en su manera de emplear las técnicas modernas. Así es en su propia relación con la científicidad, con la matemática, con la informática, como la historiografía es "histórica". No tanto en el sentido en que produce una interpretación de periodos antiguos, sino en el sentido en que el pasado (lo que las ciencias modernas han rechazado o perdido y constituido como pasado -una cosa terminada, separada-) se produce y se cuenta en ella.

Ciencia-ficción, o el lugar del tiempo

Esta combinación sería lo histórico mismo: un retorno del pasado en el discurso presente. Más explícitamente, esta mezcla (ciencia y ficción) enturbia la ruptura que instauró la historiografía moderna como relación entre un "presente" y un "pasado" distintos, uno "sujeto" y otro "objeto" de un saber, uno productor del discurso y el otro representado. De hecho, este objeto, *ob-jectum*, supuestamente exterior al laboratorio, determina desde dentro las operaciones.

Esta combinación se ve frecuentemente como el efecto de una arqueología que debería eliminarse poco a poco de la buena ciencia, o como un "mal necesario" que se tolera como una enfermedad incurable. Pero puede también, como yo lo creo, constituir el indicio de un estatuto epistemológico propio, y en consecuencia de una función y de una cientificidad a reconocer en ellas mismas. En este caso, es necesario sacar a la luz los aspectos "vergonzosos" que la historiografía cree deber ocultar. La formación discursiva que aparece entonces es un *entre dos*. Ella tiene sus normas, que no corresponden al modelo, siempre transgredido, al cual se quiere creer o hacer creer que se obedece. Ciencia y ficción, esta ciencia-ficción interviene, como otras heterologías, en la juntura del discurso científico y del lenguaje ordinario, ahí también donde el pasado se conjuga en presente, y donde las interrogaciones que no tienen tratamiento técnico regresan en metáforas narrativas. Para terminar, desearía solamente precisar algunas cuestiones que la elucidación de esta mezcla tendría como objetivos.

1. *Una repolitización*. Nuestras ciencias nacieron con el gesto histórico "moderno" que ha despolitizado la investigación e instaurado campos "desinteresados" y "neutros", sustentados por instituciones científicas. Este gesto continúa, con mucha frecuencia, organizando la ideología que ostentan ciertos medios científicos. Pero el desarrollo de lo que este gesto hizo posible invirtió su efecto. Desde hace tiempo, las instituciones científicas, transformadas en potencias logísticas, se ajustan al sistema que ellas racionalizan pero que las conecta entre ellas, que les fija las orientaciones y que asegura su integración socioeconómica. Este efecto de asimilación es naturalmente más pesado en las disciplinas cuya elaboración técnica es más débil. Es el caso de la historiografía.

Por lo tanto, es necesario en la actualidad "repolitizar" las ciencias. Yo entiendo por ello: rearticular su aparato técnico en su interior y en función de los campos de fuerzas que producen operaciones y discursos. Esta tarea es por excelencia historiadora. La historiografía siempre ha permanecido en la frontera del discurso y de la fuerza, como una guerra entre el sentido y la violencia. Pero después de tres o

cuatro siglos durante los que creyó poder dominar esta relación, situándola en el exterior del saber para hacerla su "objeto", y analizarla bajo la forma de un "pasado", en la actualidad es necesario reconocer que el conflicto del discurso y de la fuerza rebasa a la historiografía al mismo tiempo que le es interior. La elucidación se despliega bajo la dominación de lo que trata. Debe explicitar una relación interna y actual con el poder (como era ayer el caso de la relación con el príncipe). Sólo esto evitará a la historiografía el crear simulacros que, suponiéndoles una autonomía científica, tienen precisamente por efecto el eliminar todo tratamiento serio de la relación que el lenguaje (de sentido o de comunicación) mantiene con los juegos de fuerza.

Técnicamente, esta "repolitización" consiste en "historicizar" la misma historiografía. Por reflejo profesional, el historiador refiere todo discurso a las condiciones socioeconómicas o mentales de su producción. Le es necesario efectuar también este análisis sobre su propio discurso, con la finalidad de restituir su pertinencia a las fuerzas presentes que organizan las representaciones del pasado. Su mismo trabajo será el laboratorio en el cual experimentar cómo una simbólica se expresa y se funda sobre una política.

2. *Pensar el tiempo*. De este modo se encuentra modificada la epistemología que diferenciaba del sujeto un objeto y que, por vía de consecuencia, reducía el tiempo a la función de clasificar los objetos. En historiografía, las dos causas, la del objeto y la del tiempo, están efectivamente ligadas, y sin duda la objetivación del pasado, desde hace tres siglos, hizo del tiempo lo impensado de una disciplina que no cesa de utilizarlo como un instrumento taxonómico. En la epistemología nacida con las Luces, la diferencia entre el sujeto del saber y su objeto funda aquello que separa del presente el pasado. En el interior de una actualidad social estratificada, la historiografía definía como "pasado" (como un conjunto de alteridades y de "resistencias" a comprender o a rechazar) a lo que no pertenecía al poder (político, social, científico) de producir un presente. Dicho de otra manera, es "pasado" el objeto del que un aparato de producción se distingue para transformarlo. Desde el gesto que constituyó los archivos hasta el que hizo de lo rural el museo de las tradiciones memorables y/o supersticiosas, la división que, en el interior de una sociedad, circunscribe un "pasado" surge de la relación que una ambición productiva mantiene con lo que ella no es, con el medio del que se separa, con el entorno que debe conquistar, con las resistencias que encuentra, etcétera. Ella tiene por modelo la relación de una empresa con su exterioridad, en el mismo campo económico. Los documentos pasados están, por lo tanto, en relación con un aparato fabricante, y son tratados según sus reglas.

En esta concepción típica de la economía "burguesa" y conquistadora, llama la atención el hecho de que el tiempo es la exterioridad, es lo otro. Por ello, sólo aparece, a la manera de un sistema monetario, como un principio de clasificación para los datos situados en este espacio objetivo externo. Metamorfoseado en medida taxonómica de las cosas, la cronología deviene la coartada del tiempo, una manera de servirse del tiempo sin pensarlo y de exiliar del saber este principio de muerte y de pasaje (o de metáfora). Queda el tiempo interno de la producción, pero transformado en su interior en una serialidad racional de operaciones, y objetivado en su exterior en un sistema métrico de unidades cronológicas, esta experiencia no tiene más que un lenguaje ético: el imperativo de producir, principio de la ascesis capitalista.

Quizás al restaurar la ambigüedad que comprende la relación objeto-sujeto o pasado-presente, la historiografía volvería a su tarea antigua, tanto filosófica como técnica, de decir el tiempo como la ambivalencia misma que afecta el lugar donde ella está, y en consecuencia pensar la equivoicidad del lugar como el trabajo del tiempo en el interior mismo del lugar del saber. Por ejemplo, la arqueología que metaforiza el empleo, sin embargo técnico, de la informática, hace aparecer en la realidad construida de la producción historiográfica esta experiencia, esencial al tiempo, que es la imposibilidad de identificarse al lugar. Que "lo otro" estuviese ya ahí, en el lugar, es el modo en el cual se insinúa ahí el tiempo.¹⁷ El tiempo también puede regresar en el pensamiento historiográfico por una modificación corolaria que concierne a la práctica y a la concepción del objeto, y no más a las del lugar. Así "la historia inmediata" no autoriza más a distanciarse de su "objeto" que, de hecho, la domina, la envuelve y la coloca de nuevo en la red de todas las otras "historias". Lo mismo "la historia oral", cuando no se contenta con transcribir y exorcizar estas voces cuya desaparición era antiguamente la condición de la historiografía: si se pone a escuchar, sin detenerse en lo que él puede ver o leer, el profesional descubre enfrente de él a sus interlocutores que, aunque no especialistas, son ellos también sujetos productores de historias y firmantes del discurso. De la relación sujeto-objeto se pasa a una pluralidad de autores y de personas con unas relaciones contractuales. Ella sustituye la jerarquía de los saberes por una diferenciación recíproca de los sujetos. Desde entonces, la relación que mantiene con otros el lugar particular en que está el técnico, introduce una dialéctica de estos lugares, es decir una experiencia del tiempo.

3. *El sujeto del saber.* Que el lugar donde se produce el discurso sea pertinente, eso aparece naturalmente más claro ahí donde el discurso historiográfico trata cuestiones que problematizan al sujeto his-

¹⁷ Sobre este "retorno" del pasado en el presente, cf. a continuación el capítulo II.

torizador: historia de las mujeres, de los negros, de los judíos, de las minorías culturales, etcétera. Desde luego, en estos sectores, se puede a veces sostener que el estatuto personal del autor es indiferente (en relación con la objetividad de su trabajo) o que él solo autoriza o invalida el discurso (según se pertenezca o no al grupo del cual se escribe). Pero este debate exige precisamente la explicitación de lo que ha sido ocultado por una epistemología, es decir, aprender cuál es el impacto de las relaciones de sujetos a sujetos (mujeres y hombres, negros y blancos, etcétera) en el empleo de técnicas aparentemente "neutrales" y en la organización de discursos quizás igualmente científicos. Por ejemplo, ¿del hecho de la diferenciación entre sexos, se debe concluir que una mujer produce una historiografía distinta de la de un hombre? Evidentemente yo no tengo una respuesta, pero constato que esta pregunta problematiza el lugar del sujeto, y obliga a tratarlo, contrariamente a la epistemología que construyó la "verdad" de la obra sobre la no-pertinencia del locutor. Interrogar al sujeto del saber significa también ponerse a pensar el tiempo, si es verdad que el sujeto se organiza como una estratificación de tiempos heterogéneos y que, mujer, negro o vasco, él está estructurado por su relación con el otro.¹⁸ El tiempo es precisamente la imposibilidad de la identidad con el lugar. Por ahí historia se inscribe en el lugar de este sujeto que es en sí mismo el juego de la diferencia, historicidad de la no-identidad en sí.

Por el doble movimiento que trastorna en su seguridad al lugar y al objeto de la historiografía introduciendo en ellos al tiempo, hace retornar también al discurso del afecto y de las pasiones. Después de haber sido central en el análisis de una sociedad hasta el fin del siglo XVIII (hasta Spinoza, Hume, Locke, o Rousseau), la teoría de las pasiones y de los intereses fue lentamente eliminada por la economía objetivista que, en el siglo XIX, la sustituye por una interpretación racional de las relaciones de producción y sólo conservó de la antigua elaboración un sobrante, permitiendo dar al nuevo sistema un anclaje en las "necesidades". Después de un siglo de rechazo, la economía de los afectos retornó bajo la modalidad freudiana de una economía del inconsciente. Con *Tótem y tabú*, *El malestar en la cultura* o *Moisés y el mono-teísmo*, se presenta, necesariamente en relación con un rechazo, el análisis que expresa y funda de nuevo las cargas afectivas del sujeto sobre las estructuraciones colectivas. Estos afectos son los muertos que

¹⁸ Sobre el plano colectivo, el mismo problema se plantea, como se puede ver, por ejemplo, en la difícil relación que mantiene la nueva historiografía negra africana, de tipo nacionalista, con la pluralidad étnica de su objeto-sujeto. Ver Bogumil Jewsiewicki, "L'histoire en Afrique et le commerce des idées usagées", en *Canadian Journal of African Studies*, tomo XIII, núm. 1-2, 1979, pp. 69-87.

retornan en el orden de una razón socioeconómica. Permiten formular, en la teoría o en la práctica historiográfica, preguntas de las que existen ya bastantes expresiones, desde los ensayos de Paul Veyne sobre el deseo del historiador,¹⁹ el de Albert Hirschman sobre el *disappointment* en economía,²⁰ el de Martin Duberman sobre la inscripción del sujeto sexuado en su objeto histórico,²¹ o el de Régine Robin sobre la estructuración del estudio por las escenas míticas de la infancia.²² De esta manera se inaugura una epistemología diferente de la que definía el lugar del saber por un lugar "propio" y que medía la autoridad del "sujeto del saber" en la eliminación de toda cuestión relativa al locutor. Al explicitar esta eliminación, la historiografía se encuentra de nuevo de regreso a la particularidad de un lugar ordinario, a los afectos recíprocos que estructuran las representaciones, a los pasados que determinan desde el interior el uso de las técnicas.

4. *Ciencia y ficción*. Que las identidades de tiempo, de lugar, de sujeto y de objeto supuestas por la historiografía clásica no "se sostengan" y que sean afectadas por un "meneo" que las perturba, desde hace largo tiempo lo indica la proliferación de la ficción. Pero éste es un aspecto que se tiene por vergonzoso e ilegítimo —una mitad oscura que la disciplina niega—. Por otra parte, es curioso que la historiografía haya sido, en el siglo XVII, ubicada en el extremo opuesto: el historiador que estudiaba sobre todos los temas se sentía honrado, entonces, de practicar el género retórico por excelencia.²³ En tres siglos, la disciplina pasó de un polo a otro. Esta oscilación es ya el síntoma de un estatuto. Debería precisarse y analizarse esta curva, en particular, la progresiva diferenciación que, en el siglo XVIII, separó las "letras" de las "ciencias": la historiografía se encontró distendida entre dos continentes a los cuales la adhería su papel tradicional de ciencia "global" y de conjunción simbólica social. Ella permaneció ahí, aunque de formas variables. Pero el mejoramiento de sus técnicas y la evolución general del saber la llevó cada vez más a ocultar sus relaciones, científicamente inconfesables, con lo que durante este tiempo tomó forma de "literatu-

¹⁹ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, Paris, Seuil, 1971 [Cómo se escribe la historia, tr. de Joaquina Aguilar, Madrid, Alianza Editorial, 1974].

²⁰ Albert O. Hirschman, *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton (N. J.), Princeton University Press, 1977, y *Private Interest and Public Action*, *ibid.*, 1982.

²¹ Martin Duberman, *Black Mountain. An Exploration in Community*, New York, Dutton, 1973.

²² Régine Robin, *Le cheval blanc de Lénine ou l'histoire autre*, Bruxelles, Complexe, 1979.

²³ Marc Fumaroli, "Les Mémoires du XVII^e siècle au carrefour des genres en prose", en *XVII^e siècle*, núms. 94-95, 1971, pp. 7-37; F. Smith Fussner, *The Historical Revolution. English Historical Writing and Thought, 1580-1640*, Westport (Conn.), Greenwood Press, 1962, pp. 299-321.

ra". Este camuflaje introduce en ella, precisamente el simulacro que ella rechaza ser.

Para devolver su legitimidad a la ficción que obsesiona al campo de la historiografía, es necesario "reconocer" primero en el discurso legitimado como científico lo rechazado que tomó forma de "literatura". Las astucias del discurso con el poder con la finalidad de utilizarlo sin servirlo, las apariciones del objeto como actor fantástico en el lugar mismo del "sujeto del saber", las repeticiones y los retornos del tiempo supuestamente pasado, los disimulos de la pasión bajo la máscara de la razón, etcétera, todo eso sale de la ficción, en el sentido "literario" del término. La ficción por lo tanto no es extraña a lo real. Al contrario, Jeremy Bentham ya lo notaba en el siglo XVIII, el discurso *fictitious* es más próximo a lo real que el discurso "objetivo".²⁴ Pero otra lógica está aquí en juego, que no es la de las ciencias positivas. Ella comenzó a retornar con Freud. Su elucidación sería una de las tareas de la historiografía. Bajo este primer aspecto, la ficción es reconocible ahí donde no hay un lugar propio y unívoco, es decir, ahí donde lo otro se insinúa en el lugar. El papel tan importante de la retórica en el campo de la historiografía es precisamente un fuerte síntoma de esta lógica diferente.

Considerada a continuación como "disciplina", la historiografía es una ciencia que no tiene los medios para serlo. Su discurso toma a su cargo lo que más resiste a la científicidad (la relación social con el acontecimiento, con la violencia, con el pasado, con la muerte), es decir lo que cada disciplina científica debió eliminar para constituirse. Pero en esta difícil posición, su discurso busca sostener, por la globalización textual de una síntesis narrativa, la posibilidad de una explicación científica. Lo "verosímil" que caracteriza este discurso defiende el principio de una explicación y el derecho a un sentido. El "como si" del razonamiento (el estilo entimemático de las demostraciones historiográficas) tiene el valor de un proyecto científico. Eso mantiene una creencia en la inteligibilidad de las cosas que más le resisten. La historiografía yuxtapone elementos no coherentes o hasta contradictorios, y frecuentemente da la apariencia de "explicar": ella es la relación de los modelos científicos con sus pérdidas. Esta relación de los sistemas con lo que los desplaza o metafORIZA también corresponde a la manifestación y a nuestra experiencia del tiempo. En esta perspectiva, el discurso historiográfico es en sí mismo, en tanto que discurso, la lucha de una razón con el tiempo.

²⁴ Una teoría de las ficciones lingüísticas (manipulaciones o proyectos en el campo del lenguaje) y del simbolismo (en particular de los "incomplete symbols") permite a Jeremy Bentham analizar los efectos de realidad propios de la *fictitious* y las operaciones efectivas ligadas a una lógica del "como si". Ver C. K. Ogden, *Bentham's Theory of Fictions*, Londres, Kegan Paul, 1932.

po, pero una razón que no renuncia a eso que ella es aún incapaz de alcanzar, una razón en su movimiento ético. Sería en consecuencia la vanguardia de las ciencias como la ficción de lo que ellas logran parcialmente. Una afirmación de cientificidad gobierna el discurso que, en sí mismo, conjuga lo explicable con aquello que no lo es aún. Lo que ella cuenta ahí es una ficción de la misma ciencia.

Manteniendo siempre su función tradicional de ser una "conjunción", la historiografía une así la cultura -lo legendario- de un tiempo con lo que en ella ya es controlable, corregible o prohibido por unas prácticas técnicas. Ella no puede ser identificada con estas prácticas, pero es producida por lo que ellas trazan, desplazan o confirman en el lenguaje recibido de un medio. Después, el modelo tradicional de un discurso global, simbolizador y legitimador se vuelve a encontrar en ella, pero trabajado por instrumentos y controles que pertenecen al aparato productor de nuestra sociedad. Por esto ni la narratividad totalizante de nuestras leyendas culturales ni las operaciones técnicas y críticas pueden ser, sin arbitrio, consideradas como ausentes o eliminables de lo que llega a ser una representación, un texto o un artículo de historia. En este rodeo, cada una de estas representaciones, o la masa que ellas forman en conjunto, podría ser comparada con el mito, si se define el mito como un relato atravesado por las prácticas sociales, es decir un discurso global articulador de prácticas que él no cuenta pero que debe respetar y que, a la vez, le faltan y lo vigilan. Nuestras prácticas técnicas son frecuentemente también mudas, circunscritas y tan esenciales como lo eran antiguamente las de la iniciación, pero a partir de ahora ellas son de tipo científico. Es en relación con ellas como se elabora el discurso histórico, que les asegura una legitimidad simbólica pero sólo "respetándolas". El discurso histórico es necesario para la articulación social de las prácticas y sin embargo es controlado por ellas; así él sería el mito posible en una sociedad científica que rechaza los mitos, la ficción de la relación social entre prácticas determinadas y leyendas generales, entre técnicas que producen lugares y leyendas que simbolizan el efecto del tiempo. Concluiré con una fórmula. El lugar instaurado por unos procedimientos de control es el mismo historicizado por el tiempo, pasado o futuro, que ahí se inscribe como retorno de "lo otro" (una relación con el poder, con unos precedentes, o con unas ambiciones) y que, al "metaforizar" así el discurso de una ciencia, lo convierte al mismo tiempo en una ficción.

II

PSICOANÁLISIS E HISTORIA

El psicoanálisis se articula sobre un proceso que es el centro del descubrimiento freudiano: el retorno de lo rechazado. Este "mecanismo" pone en juego una concepción del tiempo y de la memoria, en el que la conciencia es a la vez la *máscara* engañadora y la *huella* efectiva de acontecimientos que organizan el presente. Si el pasado (que tuvo lugar y forma parte de un momento decisivo en el curso de una crisis) es *rechazado, regresa*, pero subrepticamente, al presente de donde él ha sido excluido. Un ejemplo, que le gustaba mucho a Freud, representa esta vuelta-regreso que es la astucia de la historia: después de haber sido asesinado, el padre de Hamlet regresa en una escena distinta, pero con forma de fantasma, y es entonces cuando se convierte en la ley que su hijo obedece.

Dos estrategias del tiempo

Hay una "inquietante familiaridad" de este pasado que un ocupante actual expulsó (o creyó expulsar) para apropiarse de su lugar. El muerto habita al vivo. Remuerde (mordedura secreta y repetitiva). También la historia es "canibal", y la memoria se convierte en el campo cerrado en donde se oponen dos operaciones contrarias: el olvido, que no es pasividad, pérdida, sino una acción contra el pasado; la huella del recuerdo, que es el regreso de lo olvidado, es decir una acción de ese pasado siempre obligado a disfrazarse. Con mayor generalidad, todo orden autónomo se constituye por medio de lo que elimina, y produce un "resto" condenado al olvido, pero lo excluido se insinúa de nuevo en ese "limpio" lugar; se infiltra ahí, lo inquieta, vuelve ilusoria la conciencia que tiene el presente de estar en "su casa", la habita a escondidas, y este "salvaje", este